*XXV CERTAMEN LITERARIO 2022 "**EVARISTO BAÑÓN"***
Biblioteca Pública Municipal "Ana María Matute"

M.I. Ayuntamiento
de Caudete

Foto de los premiados durante el acto de entrega de premios en el Auditorio Municipal celebrado el 22 de abril de 2022.

Premiados:

CATEGORÍA A: Alumnos/as de 1º y 2º de Primaria con edades comprendidas entre los 6 y 7 años aproximadamente.
Primer Premio Narrativa: ¡Hola, señor Pérez! De Cayetano Tierraseca Calero
Segundo Premio Narrativa: "El árbol mágico" de Lucía López Carrión
Premio Poesía: "Un tiburón diferente" de Roque Tomás Sáez
Primer Premio Dibujo: "Carnaval de Villarrobledo" de Marta Vinader Melero

CATEGORÍA B: Alumnos/as de 3º y 4º de Primaria con edades comprendidas entre los 8 y 9 años aproximadamente.
Primer Premio Narrativa: "El disfraz oculto" de Valeria Bazaga Requena
Segundo Premio Narrativa: "La niña que nunca sacaba las manos de los bolsillos" de Blanca Molina Rodríguez
Premio Poesía: "Lucharemos por la Paz" de Mario Conejero Esteve

CATEGORÍA C: Alumnos/as de 5º y 6º de Primaria con edades comprendidas entre los 10 y 11 años aproximadamente.
Primer Premio Narrativa: "Un descubrimiento inesperado" de Paula López Vinader
Segundo Premio Narrativa: "El tesoro del Big Ben" de Álvaro Martínez Molina
Premio Poesía: "Mi madre" de Bruno López Conejero

CATEGORÍA CLASE:
Premio Clase: "La sirena y el tesoro" de 1º C del CEIP Alcázar y Serrano

CATEGORÍA D: Alumnos/as de 1º y 2º de E.S.O. con edades comprendidas entre los 12 y 13 años aproximadamente.
Primer Premio Narrativa: "Supongo que es algo roto" de Ángel Torres Ayuso
Segundo Premio Narrativa: "El niño cereza" de Ángela Albertos Gandía
Premio Poesía: "Poesía de un niño que perdió su corazón en lo más profundo de sus recuerdos" de Joaquín Tecles Pagán

CATEGORÍA E: Alumnos/as de 3º y 4º de E.S.O. con edades comprendidas entre los 14 y 15 años aproximadamente.
Primer Premio Narrativa: "Una historia de amor en Chernóbil" de Bárbara Calero Paramonova
Segundo Premio Narrativa: "Sabor a sangre" de Macarena Sánchez Alemán
Premio Poesía: "Nana para mi niño" de Clara Belda Camarasa

CATEGORÍA ESPECIAL: Resto de la población.
Premio Narrativa: "Una bella palabra" de Juan Tecles Sánchez
Premio Poesía: Desierto

CATEGORÍA A
Primer Premio Narrativa
Título: ¡Hola, señor Pérez!
Autor: Cayetano Tierraseca Cantero

Érase una vez, un niño muy tímido que se llamaba Mario. Tenía 7 años y desde hacía un tiempo nunca sonreía. No es que fuese un niño triste, ¡qué va! Es que le daba vergüenza sonreír. Nunca sonreía porque todos sus amigos y compañeros de clase ya habían perdido algún diente de esos que los mayores llaman de leche, pero él no ¡ninguno! Y eso le tenía muy preocupado. Cuando alguien hablaba de si se le movía un diente, Mario despacito se iba del grupo y se escondía no fuese que le preguntaran ¿y a ti, cuántos se te han caído? Y no podía decir ninguno porque se reirían de él, le llamarían pequeñajo (y eso que era algo mayor que alguno de sus amigos), se le burlarían diciéndole que nunca conocería al ratoncito Pérez… Y él ¿para qué quería conocer a un ratón con apellido?
Un día, Mario le preguntó a su mamá: ¿Cuándo se me va a caer algún diente? Su mamá le contestó: Pronto, muy pronto, no te preocupes. Pero sí que estaba preocupado. ¿Te imaginas tener veintipico años y tener aún todos los dientes de leche? Todos pequeñitos en una boca enorme. Sería algo muy raro. Como en el circo,¡pasen y vean al único adulto que aún tiene todos los dientes desde que nació! ¡Que vergüenza!.
Pero un día, Mario decidió que si no se caían solos él encontraría la solución. ¡Se arrancaría un diente! Uno pequeñito, para que no le doliera mucho. Se puso delante del espejo y empezó a mirarse los dientes:
Este no que tiene punta, este tampoco porque está muy pegado al de al lado, Mario no se decidía, así que cerró la boca y se fue al comedor. Justo cuando iba a entrar, su padre abrió la puerta y se llevó un golpe que se cayó al suelo. ¿Estás bien Mario? Porque parece que tienes sangre en el labio.
Un rato más tarde, Mario estaba leyendo un libro que le habían regalado por su cumpleaños, cuando pasó la lengua por los dientes y … ¡ Notó que uno se movía! Mario no se lo podía creer ¡ uno de sus dientes se movía un poco!
Siguió pasando su lengua por el diente una y otra vez y ¡sí! ¡se movía! ¡Mamaaá…! ¡se me mueve un diente ! Gritó Mario. ¿Ves? Ya te dije que se te iban a caer, solo debías esperar. Le respondió su mamá.
Mario estaba contentísimo. ¡Era su primer diente! Ya no tendría que esconderse con sus amigos, podía volver a reírse de los chistes que contaban sus compañeros. Y pronto, cierto ratón iría a visitarle para cambiarle el diente por alguna cosa. Mario era feliz. ¡Ya era mayor!.

CATEGORÍA A
Segundo Premio Narrativa
Título: El árbol mágico
Autora: Lucía López Carrión

Érase una vez una niña que se fue con su hermana a dar un paseo. De repente vieron un árbol que brillaba.
Se acercaron y al tocarlo el tronco del árbol se abrió y entraron.
Fueron caminando hasta que encontraron un castillo. Era el castillo de los sueños.
Entraron y vieron muchas puertas. Arriba de las puertas estaba escrito el nombre de cada sueño.
Entraron en una que ponía “SIRENAS” y cuando la abrieron vieron el mar. Se metieron y se convirtieron en sirenas.
Luego entraron en otra que ponía “UNICORNIOS” y allí volaron con unicornios.
Después entraron a otra puerta que ponía “SUPERHÉROES”. La abrieron y conocieron a un montón de superhéroes. Después entraron en la de “AVENTURAS” y vivieron fantásticas aventuras. Tuvieron que pasar por un puente con cocodrilos y tuvieron que encontrar el mapa secreto del mono azul. Descubrieron más y más puertas. Hasta que llegaron a la puerta de “PRINCESAS” allí conocieron a muchas princesas.
A Bella, Ana, Elsa, Rapunzel, Mérida...Pero lo más increíble fue que cuando conocieron a las princesas, las conocieron en el lugar de la película.
Cuando salieron del castillo vieron un bosque con animales, un palacio, un arco iris y un jardín. Se creían que era un sueño, pero no, no era ningún sueño.
Cuando volvieron a casa pensaron en todas las maravillas que habían vivido. Y cuando se fueron a dormir soñaron en todo lo que habían visto en ese árbol mágico.

CATEGORÍA A
Premio Poesía
Título: Un tiburón diferente
Autor: Roque Tomás Sáez

En las aguas del mar hay muchos tiburones,
pero hay uno especial
al que le gustan los bombones.

Vive feliz en el fondo del mar
pues siempre sonríe
cuando baja a bucear.

Su comida favorita son los dulces
preparemos tortas y bizcochos para su disfrute.
Y que mejor tener un tiburón como amigo,
que puedas nadar junto a él sin tener peligro.

CATEGORÍA A
Primer Premio Dibujo
Título: Carnaval de Villarrobledo
Autora: Marta Vinader Melero

CATEGORÍA B
Primer Premio Narrativa
Título: El disfraz oculto
Autora: Valeria Bazaga Requena

Había una vez, una niña llamada Laura.
Laura estaba súper emocionada porque,dentro de dos días era su cumpleaños, ella deseaba tener un nuevo disfraz para jugar con su perro, porque dentro de dos días era su cumpleaños, ella deseaba tener un nuevo disfraz para jugar con su perro, porque Güisqui, que era el nombre de su perro, sería su mejor amigo por siempre jamás.
Laura había invitado a su cumple a ocho amigos y amigas, que se llamaban: Sofía, Álex, Juan, Lucía, Marcos, Ana,Julia y Ramón.
Sus padres le habían comprado un tobogán, pero eso no era lo que deseaba tanto como un disfraz, aunque el tobogán también le gustaba mucho.
Por fin había llegado, el día de su cumpleaños, todos sus amigos y amigas habían traído regalos como; muñecas, juegos, peluches, etc.
Güisqui tenía una sorpresa para su dueña Laura.
En medio de su fiesta le empezó a estirarle de la pierna como si quisiera decirle algo, todo el rato estirándole de la pierna; por el comedor, el pasillo hasta el sótano cuando bajaba por las escaleras y sus amigos le gritaban a la vez ¿ dónde estás Laura? Y Laura les gritaba; ¡Estoy en el sótano con Güisqui me ha traído hasta aquí!, pero no le oían. Llegó a un armario que al contrario que el sótano que estaba sucio, el armario estaba súper limpio. De pronto Güisqui dio tres golpes en el armario y se abrió, pero Laura vio una sombra oscura que intentó coger tres veces y al cuarto intento lo consiguió y la sacó del armario era nuevo, de repente desapareció la sombra... ¡era un disfraz! Tan bonito que les dijo ¡mirad lo que he descubierto!
Este disfraz de mi abuela Matilda que falleció el año pasado, Laura supo que ese era el regalo de su abuela. Y fin, hasta la próxima y no faltéis a la próxima historia, aribererchi.

CATEGORÍA B
Segundo Premio Narrativa
Título: La niña que nunca sacaba las manos de los bolsillos
Autora: Blanca Molina Rodríguez

Èrase una vez una niña llamada Paula: era alta, morena, vestía ropa oscura y siempre llevaba sudadera negra con capucha.
Sus manos eran pequeñas, por eso las escondía.
Un día estaba aburrida en su casa y decidió ir al parque a jugar.
En el parque había un tobogán muy alto, dos balancines de color rojo, detrás de los arbustos una fuente con dos cañas y cerca de los bancos, los columpios donde se subió Paula. Allí oyó a unas niñas decir que una guerra estaba apunto de empezar. Paula volvió corriendo a su casa.
¡Mami! ¡Mami! ¿Es verdad que estamos en guerra?
Si Paula, pero no te preocupes que estaremos a salvo.
Paula preparó su maleta con ropa, juguetes y su cuento preferido. Cuando bajó a la cocina empezó a sonar una sirena muy fuerte y tuvo mucho miedo. En ese momento notó que algo raro le estaba pasando en sus manos.
¡Paula vamos al refugio! Le dijo su papá.
Vale lo tengo todo preparado.
¡Mamá! Tengo las manos cada vez más grandes.
Eso son manías tuyas, dijo su mamá.
Las manos de Paula empezaron a crecer y crecer ¡Tenía que ayudar a su pueblo! Salió a la calle y sacó sus manos de los bolsillos.
Sus manos seguían creciendo hasta el punto de cubrir todo su pueblo con ellas.
Paula salvó a su pueblo de las bombas, le dieron una medalla y salió hasta en la televisión. A partir de ese día dejó de vestir de negro y siempre iba de blanco, el color de la Paz.
Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

CATEGORÍA B
Premio Poesía
Título: Lucharemos por la Paz
Autor: Mario Conejero Esteve

Amor y paz,
fácil de alcanzar,
todos unidos por la igualdad.
Dejad las armas atrás,
y pensad en la felicidad,
por un presente en libertad.
Tristeza, ira, odio, muerte,
¿todo esto no os detiene?.
Amor, alegría, ilusión, felicidad,
todo esto nos proporciona la paz,
un mundo en LIBERTAD.

CATEGORÍA C
Primer Premio Narrativa
Título: Un descubrimiento inesperado
Autora: Paula López Vinader

Hola soy Selena y tengo 13 años. Soy muy curiosa, lista e incluso, a veces, un poco enfadica.
Mis padres se llaman Lisa y Raúl. Vivo en Buenos Aires (Argentina). Soy hija única y me encanta conocer nuevas cosas.
¡Mamaaaa! Llevo un mes diciéndote que quiero ir a acampar. La semana que viene, dijo su madre.
Siempre dices lo mismo y estoy harta, Selena te juro que nos iremos a acampar, pero la semana que viene dijo su madre ¿Lo juras? Sí, dijo su madre. Selena como no tenía espera los minutos se le parecían horas, las horas días. Y después de una semana que para Selena era un mes…
¡Llegó el día de irse de acampada! Selena de tanta emoción se levantó a las 3:00 de la noche.
Cuando se hizo de día, los padres de Selena se pusieron a preparar las tiendas de campaña, la comida, los sacos de dormir, linternas y muchas cosas más. Cuando se fueron, Selena estaba súper nerviosa, pero no tenía paciencia no paraba de decir…
¿Cuánto falta? ¿Cuánto falta? ¿Cuánto falta?..
Y su padre le dijo:
¡Ya estamos! Selena salió del coche rapidísimo y se puso a saltar, escalar, correr y observar a los animales. Entonces vio uno que le llamó la atención, era...¡un camaleón! Súper chulo. Y como a ella le encantan los animales y las cosas curiosas decidió preguntar a sus padres si se lo podía llevar.
¿Mamá, papá, siempre me habéis dicho que no a tener un perro, así que ¿puedo tener un camaleón?.
Antes de que digáis nada, tenéis que saber que los camaleones son muy tranquilos.
Después de que sus padres hablaran, le dijeron:
Selena: te dejaremos que te lo lleves con un condición...tienes que cuidar de él porque si no el camaleón se convertirá en una faena más para nosotros.
Y Selena dijo: Lo cuidaré mucho y lo llamaré Dino.
Sus padres se pusieron a montar las tiendas y le dijeron que ayudara, pero ella no hizo caso y se adentró en el bosque sola. Después de un buen rato se dio cuenta de que se había perdido y se asustó mucho. Pasaron las horas y no encontraba el camino de vuelta, intentó varios caminos y nada.
Nerviosa y asustada se puso a llorar, y se lamentó de no haber hecho caso a sus padres. Ya no sabía qué hacer y se encontró...¡con una cueva! Selena aún estando asustada, le pudo más la curiosidad y entró en ella. Dentro se encontró con huesos enormes medio enterrados,¿Qué es esto? Selena empezó a tener miedo y gritó llamando a sus padres desesperada. Selena salió corriendo de la cueva y decidió quedarse allí quieta porque no sabía volver al campamento. En ese momento escuchó gritos que decían.
¡Selena, Selena! ¿Dónde estás?
¡Son mis padres, por fin me han encontrado!
Dijo ella feliz. Ella fue corriendo hacia sus padres y lo primero que hizo fue abrazarlos. Les contó todo lo que le había pasado y que en la cueva había muchos huesos gigantes. Sus padres y ella fueron a ver los huesos y se sorprendieron del gran tamaño que tenían. Su padre Raúl llamó a un amigo suyo que era paleontólogo y vino rápidamente intrigado. Los observó, los midió y les hizo unas pruebas químicas para ver de qué año eran.
Sorprendido dijo:
¡No me lo puedo creer! ¡Fascinante! ¡Era increíble!

Estos huesos son de hace 65 millones de años, dijo el paleontólogo contento y alegre.
Vinieron para llevárselos a un laboratorio.
Selena y sus padres se fueron al campamento y les dijo que nunca más se iría sola al bosque.
Al mes siguiente, llamó el paleontólogo diciendo que Selena había encontrado el esqueleto de una especie nueva. Y el paleontólogo le preguntó:
¿Cómo quieres que se llame?, ya que lo has encontrado tú. Se va a llamar...DINOSELE.
Es Dino por mi nueva mascota y Sele por mí.
El DINOSELE se llevó a uno de los museos más famosos, donde lo pudo ver mucha gente.
Al final, la acampada fue inolvidable.

FIN

CATEGORÍA C
Segundo Premio Narrativa
Título: El tesoro del Big Ben
Autor: Álvaro Martínez Molina

Había una vez, en una casa de Londres, un chico de trece años que vivía con sus padres. Era hijo único, se llamaba Jack Williams y era un chico que le gustaba resolver casos misteriosos en sus propios sueños, como el que os voy a contar ahora:
Jack estaba a punto de acostarse, acababa de cenar y se estaba lavando los dientes. Al terminar se iba a acostar. Cinco minutos después ya estaba arreglado y acostado, estuvo una media hora leyendo de su libro favorito, se llamaba el Tesoro del Big Ben y le gustaba mucho, él siempre pensaba que a lo mejor era verdad.
A las tres de la madrugada comenzó el sueño que precisamente quería soñar, iba de que un detective se preguntaba que a lo mejor dentro del Bing Ben había miles, incluso millones de libras, su teoría era que uno de los familiares de los que crearon el Big Ben escondieron toda su riqueza porque la muerte le esperaba. Por la mañana, Jack no paraba de preguntarse si de verdad hubiera un tesoro. Al salir del colegio se lo contó todo a su amigo Oliver, eran amigos desde los tres años, lo primero que le dijo Oliver a Jack fue que eso solo había sido un sueño y ya está. Estuvieron esperando al autobús escolar cinco minutos, Oliver y Jack seguían hablando sobre lo del tesoro, hasta que Oliver dijo una cosa que dejó a Jack muy sorprendido y con la boca abierta. ¡le había dicho de entrar al Big Ben por la noche para comprobar si era verdad! Jack le dijo que era una misión imposible porque seguramente habría guardias y la puerta estaría cerrada, pero su amigo, ya que era muy cabezota, le dijo que uno distraería al guardia y otro le quitaría la llave por detrás, cuando le quitasen la llave él haría un símbolo y el otro dejaría al guardia en paz y ya estarían dentro a buscar el tesoro. Ese era el plan de Oliver. Al final convenció a Jack. Cuando ya el bus escolar paró Jack y Oliver se despidieron y se fueron a sus casas, les esperaba la mejor aventura de su vida. Jack se preparó su equipaje, era una máscara negra, con una sudadera negra con unos pantalones negros...En resumen todo negro. El equipaje de Oliver era el siguiente: un gorro de vaquero, un chaleco de vaqueros, un pantalón vaquero y… ¡Prácticamente todo vaquero! Y os preguntaréis ¿Cómo han conseguido todo ese material? Jack porque sus padres siempre le dicen que le queda muy bien el color negro y Oliver porque hace cinco años se disfrazó de vaquero en carnaval, y os estaréis preguntando que por lógica le vendrá muy pequeño y es que ¡hasta enseñaba el ombligo! Ya era la hora de cenar, los dos amigos no dijeron absolutamente nada porque estaban muy nerviosos de la aventura. Jack y Oliver se estaban lavándose los dientes para irse a la cama. En cuanto se metieron a la cama intentaron dormirse lo antes posible, ya que sabían que iban a dormir poco. A las tres de la madrugada los dos se levantaron, se pusieron el equipaje y salieron de sus casas sigilosamente, los dos se dirigían a la plaza, donde estaba el Big Ben y si os soy sincero se chocaron y todo porque como estaba tan oscuro…
Bueno Oliver y Jack se dirigieron a la puerta de la torre, correctamente ahí estaba el guardia pero...¡Estaba dormido! A si que cogieron la llave y abrieron la puerta sin más dificultad. Lo que había dentro era increíble, pero Jack aún no había dicho donde estaba el tesoro, según él el tesoro,pues justamente Oliver se lo dijo a Jack y él le respondió que en lo más alto, que lo leyó en su libro y lo vio en su sueño. Estuvieron muchísimo tiempo subiendo escaleras hasta que llegaron a la planta más alta, buscaron el tesoro durante mucho tiempo, pero no encontraron nada de nada, en ese instante Oliver dijo que ahí no había ningún tesoro y que tanto esfuerzo para nada y Jack le contestó que lo importante fue la experiencia.

CATEGORÍA C
Premio Poesía
Título: Mi madre
Autor: Bruno López Conejero

MI MADRE.

Me enseñó a reír,
a correr, a vivir…
me ayudó a
mis errores corregir.

Esa persona tan buena
no viene de Cartagena
sino que viene de otro planeta
y no es una broma ni una jugarreta.

Es amable, graciosa,
guapa, cariñosa,
lista, amorosa…

Esa persona que me protege
espero que nunca me deje
pues no sabría que hacer sin ella
¡Sería una enorme tragedia!

Esa persona es mi madre
que cuando estoy en peligro
nunca llega tarde.

CATEGORÍA D
Primer Premio Narrativa
Título: Supongo que es algo roto
Autor: Ángel Torres Ayuso

Corrían tiempos, quizás perdidos, en los que se encontró el principio del amor. Lo que hoy en día se conoce como Amor, que es solo un sucedáneo, una deriva de lo que fue el auténtico Amor.

Durante este lapso ancestral, hubo por desgracia miles de muertos. Es más, fueron la mayoría, y solo unos pocos sobrevivieron. Por voluntad del destino, yo fui una de ellas, y esta es mi historia.

Yo soy Felicidad, y soy un ser exótico hoy en día junto a amigos como Amor. Sobrevivimos a aquella catástrofe, que mucho tiempo hace ya, aconteció. Aunque queda muy poco de nosotros, hemos perdurado hasta hoy.

Ya se contaba en las calles el resplandor que se alcanzaría en la próxima época. Todos pensaban que yo llegaría, no tarde sino más bien pronto. Todo el mundo vivía en Armonía, y eran Genial y Bondad quienes gobernaban. Pero, todo fue porque Mentira los puso allí, en los humanos. Ellos notaron la Negatividad, y se decían entre sí: “Supongo que es algo roto…”
Y tenían razón. Era la casa de Amor: el Corazón.

El Corazón es un lugar cálido, abierto para todo y para todos. Residencia de Amor, es consumido por una llama incansable de pasión, y engulle todos los ataques de Odio para reprimirlos. Tiñe a aquel que lo posea de un aleteo de Vida único, pero late manteniendo un pulso inconfundible.

Un día, mucho tiempo después, mientras vagábamos y nos escondíamos en unos pocos humanos para evadir a Mentira, Odio, Ego y Miedo, encontramos a Sabiduría y a Confianza. Estos nos conocieron mientras peleábamos con Tristeza e Inseguridad, convencidas de que todo debía ser como ellas.

Amor y yo no pudimos hacerlas cambiar solos. Llorábamos. Nuestras fuerzas flaqueaban. Entonces intervinieron Sabiduría y Confianza, para mostrarnos una gran enseñanza: “A veces no lloramos porque seamos Débiles, sino porque hemos sido Fuertes demasiado tiempo.”
Al oír esto, Tristeza e Inseguridad comprendieron que nacieron de Fortaleza, y cedieron.

Siempre que veíamos a Odio, Ego, Tristeza y Decepción, nos sentíamos incapaces de plantarles cara, al ver que Miedo, Debilidad e Inseguridad se abalanzaban sobre nosotros y nos comían por dentro hasta controlarnos. Controlados por Miedo, Debilidad e Inseguridad… Y sin saberlo.

Iban a por Amor, y hace un tiempo lo convirtieron en el sentimiento más egoísta de todos: Posesión, Control, Ira, Celos… —La gente no cree en ti estos días. Dicen que no has estado respondiendo al teléfono. — revelé con una débil voz rápidamente que se disipó en el viento. —Odio decir que no asimilo este asedio. Está siendo demencial. —escuché suspirar a Amor. —¿Lo ves? Mira lo que están haciendo de ti. No odies. Eres Amor. —repliqué cansada—. Por eso no podemos cargar con esto. Las personas llaman Amor a controlar a otras personas que “quieren”, y a tener que querer más, en lugar de mejor. No

nos dábamos cuenta de lo que éramos capaces hasta que Confianza y Sabiduría nos trajeron a Fortaleza y Bondad. Más tarde se nos unieron Satisfacción, Solidaridad y Honestidad, después de mucho buscar… Para así devolver a Amor a su ser.

Los “positivos” éramos perpetuamente menos que los “negativos”, pero se nos olvidaba algo: que cada uno de nosotros somos infinitos. Eternidad creó un vínculo entre nosotros, y celebró una promesa de Amor: “Prometo amarte más que ayer, pero no tanto como mañana”.

Ahí estaba el Mañana, se sabía firme y seguro. Siempre hay Mañana, se decía. Pero el Pasado quería imponerse y tener el poder, no dejando avanzar ni al Mañana ni al Ahora. Ahora era Sabio: le seguían los más observadores de la Vida, porque habían conocido al Pasado y ya sabían que si guerreaban con él no podrían progresar en sus enseñanzas. Mañana se seguía creyendo Fuerte cuando, por confluencias del Pasado y del Ahora, le llegó la Muerte y le hizo ver que no era tan Poderoso. La Muerte lo era más, solo que nadie quería seguirla. Se encontraba siempre sola e incomprendida. Su misterio la aislaba de los demás.

Solo había algo que podía con todas las fuerzas naturales del ser. Les dio una lección a todos, aparentemente frágil y a veces roto a pedazos. Ahí estaba, Amor, que perdura al Pasado, al Ahora y al Mañana y a la Muerte. Él es eterno e inmortal. ¡Siempre **Amor**!

CATEGORÍA D
Segundo Premio Narrativa
Título: El niño cereza
Autora: Ángela Albertos Gandía

Hace poco tiempo, en Japón, una niña llamada Sakura de ojos rasgados como una Almendra, visitaba todas las mañanas a su abuela, una señora risueña de unos 70 años. A la niña le gustaba pasar la mañana jugando con el perro de su abuela, un perro pequeño y blanco como la nieve. Antes de irse a su casa para comer, se subía al cerezo que tenía su abuela y agarraba unas cuantas cerezas para su madre y su hermano.

A su hermano, Jung, el único chico de la familia y el más pequeño, le encantaban las cerezas por su dulce sabor y el color tan hermoso de esa sabrosa fruta. A ella le emocionaba ver los ojos de su hermano, tenían un brillo especial.

Un día, su madre casi muere por el hueso de una cereza, así que, ordeno a su madre que talaran aquel hermoso cerezo yles prohibió a sus hijos comer cerezas.

El hermano de la niña se puso muy triste y poco a poco ese brillo tan especial que tenía en los ojos fue desapareciendo.

La niña triste por su hermano, decidió ir a esa excursión aburrida que hacían cada año para ver las flores de aquellos gigantescos cerezos.

Al llegar, fue directa a aquellas tiendas donde vendían cerezas que el año anterior no pudieron vender, se comió una asegurándose de no atragantarse o tirar el hueso para poder guardarlo.

Al llegar a su pueblo, Sakura, decidió poner aquel hueso en un parque que no estaba muy lejos de su casa, para poder llevar a Jung a comer cerezas.

Al año siguiente, Sakura llevo a su hermano a aquel parque, las cerezas ya tendrían que a ver salido. Al rato de estar jugando, Sakura le dijo a Jung que podían comer cerezas de aquel árbol, pero su madre no se podría enterar; si no se pondría furiosa. Jung, sin pensar comenzó a comer cerezas, mientras él comía su hermana veía como aquel brillo tan especial de sus ojos volvía a aparecer. Después de varios minutos de silencio, Sakura se dio cuenta de que su hermano se había manchado, no podrían llegar a casa con la camiseta manchada de aquel jugo que tenía la cereza, así que decidió ir a visitar a su abuela, ella les reñiría, pero no tanto como lo haría su madre. Al llegar, vieron un coche, aquel coche les resultaba familiar, Sakura decidió ver un poco más de cerca el coche, resulto que era el coche de su madre, seguro que habría ido a visitar a la abuela. Estaban en un gran problema. Minutos después su hermano, Jung, le dijo a su hermana, que si mamá estaba aquí, nadie estaría en casa y podría cambiarse, Sakura le dijo que era buena idea, pero habría que lavar la camiseta ya que si no se daría cuenta.

Tiempo después llego su madre a casa, como era de esperar le dijo a Jung que por que se había cambiado de camiseta, a lo que Sakura contexto que se había manchado de barro. A si fue pasando el tiempo, ellos cuando era época de cerezas comían de aquel cerezo sin que su madre se diera cuenta.

10 años más tarde, Jung tenía 15 años y siempre que podía iba a visitar aquel parque, el juraba que allí había un cerezo.

Hacía tiempo queno veía a su hermana…creo que las pastillas para la esquizofrenia al final funcionaron. A Jung desde muy pequeño le diagnosticaron esquizofrenia, un trastorno mental grave por el cual las personas interpretan la realidad de manera distinta. La esquizofrenia puede provocar una combinación de alucinaciones, delirios y trastornos graves en el pensamiento y el comportamiento, que afecta el funcionamiento diario.

Hace poco tiempo visito aquel parque, le resulto bastante siniestro esta vez, pudo ver a una niña sentada en un árbol que parecía un cerezo, pero no tenía esas flores blancas y rosas, eran… ¿negras?.Jung al verla, le preguntó que hacia una niña tan pequeña en aquel parque tan temprano, tan solo eran las 6 de la mañana, aquella niña le respondió, que, si no se acordaba de ella, si no recordaba aquel cerezo, Jung asustado decidió irse a su casa lo más rápido posible, le daba miedo aquella niña. Al llegar a su casa, se tumbó en su cama y no paraba de pensar en aquella niña, ¿Quién era? ¿por qué esta vez sí había un cerezo? De tanto pensar se quedo dormido. Cuando se despertó, eran las 12 de la noche, Jung se sobresaltó ¿qué hacia la niña de esta mañana en su casa?…

Al día siguiente en las noticias, informaron que Jung, un chico de unos quince años había muerto esa noche. La verdad, no me imaginaba que mi hermano moriría por verme, no le dije nada malo.

Espero que sueñes con los angelitos, Jung…

(Sakura murió el año que plantó el hueso de cereza en aquel parque)

CATEGORÍA D
Premio Poesía
Título: Poesía de un niño que perdió su corazón en lo más profundo de sus recuerdos
Autor: Joaquín Tecles Pagán

Esta noche me he despertado
con mi corazón abarrotado.
Sonaban extrañas sirenas
que avisaban bien serenas
de una lluvia de estrellas
cada vez más cerca estaban ellas.

Al instante mis padres gritaron
y corriendo, me abrazaron
yo no entendía por qué lloraban
si anoche ellos celebraban.

Decían algo de unas bombas
que caían muy deprisa
y lo decían de tales formas
que temían y balbuceaban
aunque las lágrimas se las llevaba la brisa.

Yo solo tengo 5 años,
por lo que yo paso a paso
voy asumiendo todo lo que pasaba
porque ayer íbamos al campo y andaba,
mientras que ahora encerrados estamos
ya que, si salimos, seguramente muramos.

He oído muchas historias de mi abuelo,
pero se lo llevaron mirándolo con recelo.
A mi padre lo llevaron a comisaría,
prometiéndole cuidados y sabiduría,
pero cuando llegó allí
nunca regresó conmigo aquí.

Gracias a las redes sociales
veo a mi padre haciendo señales
de que volverá pronto conmigo
y así pase el tiempo contigo
que ilusos perdimos ayer.

CATEGORÍA E
Primer Premio Narrativa
Título: Una historia de amor en Chernóbil
Autora: Bárbara Calero Paramonova

UNA HISTORIA DE AMOR EN CHERNÓBIL

Una solitaria mujer caminaba por las abandonadas y devastadas calles de Pripyat. Había que ser valiente y un tanto insensato para hacer algo así. ¿Para qué había venido? ¿Qué buscaba en medio de este desolador paisaje apocalíptico? Quizás pretendía encontrarse con los fantasmas de su pasado y enfrentarse a ellos… Quizás tenía la ilusión de que, en alguna parte, él la estaría esperando. La respuesta a eso, sin duda, estaba en su corazón. Sus bonitos ojos contemplaban escrutadoramente el paisaje, la belleza de sus ojos, sin embargo, se veía mezclada con una profunda tristeza. Hacía tiempo que ya no derramaban lágrimas, hacía tiempo que ya había comprendido que las lágrimas no eran suficientes para mostrar toda su nostalgia y su añoranza. Esos sentimientos eran demasiado intensos para describirlos con palabras. Al caminar por las calles, ella no veía esos edificios derruidos y en decadencia por el paso del tiempo, con numerosas grietas y salvajes plantas sobresaliendo por todos los sitios. Tampoco veía esas escenas que tanto le helaban la sangre a la gente cuando venía a visitar esta ciudad fantasma, esas escenas que daban la sensación de estar paralizadas en el tiempo. Lo que ella veía era distinto, veía una ciudad llena de vida, una ciudad hecha para gente joven. Veía niños jugando en las calles y en los parques, veía gente observando los escaparates, eran los ecos de su pasado entremezclándose con el presente. Todo estaba justo igual a cómo lo había estado antes del accidente. Los muebles, los objetos, los juguetes de los niños…, ninguna de esas cosas habían sido tocadas en décadas y quizás ya nadie las echase en falta. Eran las únicas memorias que quedaban de la gente que antes vivió aquí, ajena en aquellos aciagos días de la desgracia que cambiaría sus vidas para siempre. Y si todo estaba igual que en aquel entonces, eso significaba que nada había cambiado. Se sentía como en un viaje en el tiempo, como si hubiese vuelto al pasado, a cuando era una joven cargada de sueños e ilusiones. Los pitidos de su contador Geiger resonaban con fuerza a medida que avanzaba por la ciudad, pero no parecía importarle en absoluto, se sentía ensimismada, incapaz de salir de su propio trance. Para ella era como un ruido lejano que apenas resonaba en sus oídos, las voces de los fantasmas del pasado eran más fuertes, más reales para ella. El desconsolador llanto de algún niño allá a lo lejos, los gritos de las personas corriendo por las calles… Había ruidos que ni siquiera el tiempo podía acallar y había amores que perdurarían por siempre. Cerca, acechándola, mientras ella caminaba por las calles de la ciudad, había un monstruo. Ella no lo veía, ni lo sentía, y ni siquiera podía tocarlo. Pero por mucho que lo ignorase, estaba allí. Estaba en todas partes en realidad. Nadie había podido vencer a ese monstruo, que tantas vidas se había llevado. Ni siquiera el tiempo, tan solo después de 20.000 años el tiempo por fin podría ganar esta batalla. Entonces el lugar dejaría de estar maldito… Inevitablemente, sus pasos la llevaron hasta el parque de atracciones. La noria seguía allí, inmóvil, levemente mecida por el viento, con el hierro oxidado por el paso del tiempo. Aquel había sido antes su lugar favorito. Allí había sido donde conoció a Alexander, fue este el lugar en el que sus destinos se cruzaron. En aquel entonces, ella era nueva en la ciudad y no conocía a casi nadie, se sentía sola en ese sitio y para animarse decidió ir al parque de atracciones. Nada más verle, sus ojos se cruzaron y él le sonrió. Comenzaron a hablar, las palabras fluyeron como si se conociesen desde hace tiempo. Él le contó que también era nuevo y que había venido a trabajar de bombero. Y

después de conversar durante un buen rato, se montaron en la noria, y aquel día, tuvieron la suerte de poder contemplar el atardecer juntos. Había sido precioso, y casualmente, justo ahora, también estaba atardeciendo. El sol se fundía en el cielo con colores anaranjados y el cielo se teñía de un bonito color púrpura. Al rememorar este momento, casi lo sintió cerca de ella, su presencia susurrándole suavemente palabras de amor al oído. Levantó la mirada, deseando poder verle a su lado. Hubiese dado cualquier cosa por ver sus ojos al menos una vez más. Pero no había nadie, en el fondo ella sabía que no había nadie en ese sitio que la esperase. Salvo el monstruo…, él esperaba recibirla ansiosamente. Y lo haría, no había ningún sitio donde pudiese ocultarse de él y de su veneno letal. Svetlana prosiguió su camino, era tentador quedarse allí, pero sabía que había un sitio que aún debía visitar. Nunca podría hacerle frente a sus demonios si no lo hacía. Las ramas de los frondosos árboles le rozaban al pasar, lo lógico hubiese sido que el desierto se adueñase del lugar, pero en vez de eso la naturaleza se había hecho paso. Era una demostración más de lo poderosa que era, pues había invadido las infraestructuras humanas en cuanto estos se habían marchado y por tanto había tomado el control de la ciudad. Quizás algún que otro animal deforme se escondiese entre la maleza, sorprendido de que aquel sitio devastado hubiese recibido una visita humana. La central nuclear se perfilaba en el horizonte. El accidente había ocurrido muchos años atrás pero las consecuencias seguían vigentes hoy en día. En sus ojos Svetlana divisaba el incendio, ya no ardía pero ella lo seguía viendo. Y allí, delante de ella, veía a Alexander. Enfrentándose a aquel incendio, sin saber los verdaderos peligros que conllevaba aquella acción. Sin ninguna protección especial iba directo hacia las garras del monstruo. Era una autentico héroe, al igual que los demás bomberos que habían sido llamados a apagar el incendio producido por el accidente de la central nuclear de Chernóbil. Todos deberían ser recordados por siempre…No se merecían haber muerto tan jóvenes, nadie estaba preparado para enfrentarse a algo así. Si hubiese vuelto al pasado, le habría rogado a Alexander que no fuese, le habría advertido de los peligros que conllevaba realizar aquella heroica acción. Pero no podía, la única forma de viajar al pasado era a través de los recuerdos. Alexander era fuerte, mucho, por eso logró sobrevivir a aquello. El monstruo no consiguió derrotarlo aquel día. Su lucha se prolongó durante varios meses más, de una forma dolorosa y agónica. Se lo llevaron al hospital, a Moscú. Y por supuesto, Svetlana lo siguió, porque ella lo seguiría hasta el fin del mundo. Y al verlo en la camilla, debilitado pero vivo, hizo algo imprudente. A veces se cometían verdaderas locuras por amor… No podía estar ni un segundo más separada de él. Sin poder evitarlo corrió hasta él. Le advirtieron de que no lo hiciese, los médicos la agarraron, dijeron que estaba prohibido pasar, pero ella lo hizo igual, ninguna fuerza podría separarla de él. Al fin y al cabo, estaba allí, estaba vivo. Las lágrimas corrieron inevitablemente por sus mejillas y se dejó caer al lado de él. Alexander la contempló con ojos entrecerrados, sintiendo una enorme felicidad de poder verla, de poder encontrar algo de luz en el infierno por el que estaba pasando. Pero al mismo tiempo, sintiendo una profunda pena. -No deberías estar aquí. Por favor, vete. Eres lo que más quiero en el mundo y por eso no dejaré que te quedes… No deberías sufrir las consecuencias de esta desgracia tú también.- murmuraba él. Pero ella no se marchó, y siguió a su lado. Y en esa noche que parecía eterna, ambos se dieron el uno al otro el consuelo que necesitaban, nadie podía quitarles esa noche. Al fin y al cabo, lo más importante era estar juntos. Cada día ella iba a visitarle sin falta al hospital. Cuando se sentía mal, ella era su apoyo. Y cuando se sentía un poco mejor, su corazón se llenaba de esperanza y ambos planeaban un futuro juntos. No mucho tiempo después del accidente, Svetlana descubrió que estaba embarazada. Tendrían un hijo y formarían una familia, se irían a vivir juntos, lejos de Pripyat, lejos de la central nuclear, y lejos de todo. Podrían compararse una casa en el campo, viviendo rodeados de naturaleza. Todo iría bien, o al menos eso era de lo que quería convencerse con tanta fuerza a sí misma. A veces, la única forma de salir del dolor es vivir en fantasías. Lo único

malo de eso era que después, cuando te chocabas contra la dura realidad, te dolía el doble… Una fría y lluviosa tarde de otoño, Svetlana fue, como siempre, a visitar a Alexander. Sin embargo, al acercarse a él, vio que estaba más débil que de costumbre. Apenas la miraba. Siempre que la veía, sonreía, pero esta vez no. Ni siquiera tenía fuerzas suficientes para hacer eso. Ella le agarró de la mano, y con lágrimas en los ojos le besó, queriendo que él reaccionase, que dijese algo. Colocó su cabeza en el pecho, y se dio cuenta de que no sentía su corazón latir. Un desolador silencio inundó la estancia y Svetlana supo que el monstruo lo había derrotado, y que nada, ni siquiera ella, había podido salvarlo. -¡¡Me prometiste que te recuperarías!! ¡No me hagas esto, por favor!- gritaba desgarradoramente. No había ninguna palabra que fuese suficiente para expresar su dolor. Salió corriendo del hospital, corrió y corrió hacia donde el viento la llevase mientras una lluvia de lágrimas inundaba sus mejillas. Finalmente, se cansó y se sentó en un banco. Ni siquiera le importó que hubiese empezado a llover afuera también, y no solo en su corazón. Estuvo sentada en aquel banco durante largas horas, inconsciente del paso del tiempo. Sin que nada ni nadie la pudiese consolar. Contemplando los cipreses meciéndose al viento, la lluvia repiquetear en el suelo, y los pájaros cantando a su alrededor, arrullada por la naturaleza, pudo por fin encontrar algo de serenidad en su alma. Y finalmente, Svetlana comprendió que ya había tenido momentos muy felices en su vida, y de que los buenos recuerdos que tenía eran suficientes para mantenerla con fuerzas de seguir adelante, de superarlo. No mucho tiempo después de la muerte de Alexander, dio a luz a su hija. Era un bebé precioso pero estaba terriblemente enfermo. Sus abiertos y asustados ojos parecían contemplar al mundo con curiosidad, y sosteniendo su frágil cuerpo a Svetlana se le partió el corazón. Quería mantenerla consigo para siempre, no soltarla nunca de entre sus brazos. Y entonces lo sintió, era ese monstruo invisible de nuevo que ni se veía ni se podía tocar. El mismo que le había arrebatado la vida a Alexander. Había venido a castigarla por haber pasado demasiado tiempo con su amado. Y ese era el precio a pagar, un enorme precio que pagó una niña inocente que tan solo tuvo la oportunidad de vivir cuatro días… El viento agitó fuertemente el cabello de Svetlana y los pitidos del contador Geiger resonaron en sus oídos más fuertemente que las otras veces. Entonces volvió al presente y se dio cuenta de que seguía allí, en la ciudad fantasma de Chernóbil. Ya había oscurecido y las estrellas iluminaban el cielo, conmovidas antes su historia, quizás llorasen por ella aquella oscura noche. El monstruo era más poderoso en aquel sitio que en ningún otro, por eso el contador pitaba tanto. Y aunque fuese invisible, podía imaginárselo como quería, como una terrible bestia, como un dragón destructor… Daba igual, en el fondo sabía lo que era, tan solo energía transmitida en forma de ondas electromagnéticas. Y entonces volvió a ver en la lejanía a Alexander, y a la hija que podían haber visto crecer juntos. Estaban lejos, pero la llamaban, le gritaban algo. Quizás querían que se fuese con ellos. Quería acercarse a ellos pero no podía. Les gritaba con todas sus fuerzas y no la oían. Dejándose llevar por la desesperación, le gritó al aire, le gritó al monstruo que la rodeaba y del que ya no podría escapar nunca más: -¿Me quieres? ¡Pues aquí me tienes! Y abriendo los brazos, dejó que la bestia la recibiese por fin con su abrazo destructor. ¿Qué sentía? Al principio dolor, pero después ya nada. El contador Geiger ya no pitaba, hacía tiempo que ya no lo hacía, quizás se hubiese roto, incapaz de contar ya tanta radiación. El Sol había salido, ya era de día. Y Alexander y su hija corrían hacia ella, sonriéndole alegres y llevándola de la mano. Al fin, estaban juntos y ahora sí que no podría separarlos nada.

CATEGORÍA E
Segundo Premio Narrativa
Título: Sabor a sangre
Autora: Macarena Sánchez Alemán

Me levanto y camino hacia él, que me espera en la puerta de nuestro hogar con simplemente una mochila y una maleta de mano. Su mirada, perdida en algún rincón del pequeño apartamento se posa en mí, me dedica una ligera sonrisa y pone su blanca mano sobre mi abultado vientre. -Toda ira bien Lera- me dice tranquilo para que no me preocupe, pero ambos sabemos que eso no es lo que de verdad piensa. Salimos del apartamento, cerrando la puerta con doble vuelta de llave tras nosotros, aun sabiendo que eso no va a servir de mucho para lo que tarde o temprano acabara sucediendo. Fuera ya no queda nada, nuestro edificio es de los últimos y aún tenemos nuestro coche, gracias a las cocheras subterráneas. Nos subimos al coche, donde la silla del futuro bebé lleva colocada unas semanas y conducimos durante una hora, observando por la ventanilla sitios llenos de escombros donde antes había lugares llenos de recuerdos (el parque donde juagaba cuando era niña, la panadería en la que mi madre me compraba la merienda…). Llegamos a la parada, y los dos nos bajamos del coche, él coge la maleta, y nos abrazamos como nunca antes. Un abrazo en el que los sentimientos de incertidumbre y amor no dejan de estar presente. -No te vayas…- digo, mientras mis manos aprietan su abrigo todo lo que pueden y las lágrimas empiezan a brotar de mis oscuros ojos. -Sabes que no puedo, cariño, cuida de nuestra pequeña. Nos damos un último beso, salado por las lágrimas y camina hacia el autobús, sin echar la vista atrás. Me subo al coche y empiezo a conducir. Sé a donde tengo que ir, Yakiv me lo ha explicado muchas veces. Mis pensamientos nublan mi cabeza constantemente, ¿qué va a ser de mí?, ¿y de mi hija?, ¿y si pierdo a mi pequeña? No puedo perderla a ella también, aún no ha nacido, pero es lo único que me queda. ¿Por qué tenía que haberse ido al ejército?, ¿por qué no se ha quedado? En ese mismo momento un resplandor, acompañado de un estruendo, me hace dejar de pensar. Miro por el retrovisor, ha caído muy cerca de nuestro hogar, del que un día fue nuestro hogar, la nevera, con un calendario en el que íbamos tachando los días que pasaban para verle la cara a nuestra hija y donde esta mañana solo quedaban dos sin tachar, la cuna que montamos para ella, el sofá donde nos acurrucábamos todas las noches… Freno de golpe, al coche ya no le queda gasolina, me coloco la mochila y camino, sola, en mitad de la noche, en un lugar en guerra, un sitio destacable por su dolor, destrucción y muerte. Llevo caminando horas y las piernas no me responden, pero debo continuar, faltan pocos días para que nazca y debemos estar a salvo. “A salvo”, el lugar más difícil de encontrar en una guerra, si es que existe. Por fin llego, después de cinco horas caminando, donde mis vistas son muertos, sangre, y escombros. Ante mí un gran antiguo teatro con la palabra niños pintada sobre el asfalto. En la puerta dos militares de los nuestros, los únicos que he visto vivos en estas horas. Estos cruzan miradas y a continuación la fijan sobre mí. -La mochila- dice uno de ellos, mientras el otro me cachea. -Está limpia. Me devuelven mi mochila y abren la puerta lo justo como para que yo pueda entrar. Dentro todos somos desconocidos, que seguramente nunca se hubieran visto las caras si no hubiera sido por esta guerra que los ha hecho abandonar sus hogares, sus trabajos, sus familias y sus sueños. Personas que ahora comparten un mismo sentimiento, el miedo. Las puertas se cierran tras de mí, lo único que se oye son llantos de bebés que me hacen creer que aquí estaré segura, o al menos hasta que esta pesadilla de la que no puedo despertar, y aún me cuesta creerme termine. Una pequeña lágrima cae por mi mejilla al presenciar la escena que tengo ante mí, gente, la mayoría herida, familiares y amigos con lloros silenciosos, niños tan pequeños que no comprende la situación, adolescentes que deben madurar antes de tiempo… -Hola- me dice una voz

femenina, giro la cabeza hacia el lugar de donde viene la voz y la veo, una joven, sentada en el suelo, con uno de sus brazos sostenido por cabestrillo y vendado con una blanca venda manchada de sangre. -Hola, soy Lera. -Siéntate donde quieras, si necesitas un médico están abajo curando a gente, no dan abasto. -Gracias-le respondo haciéndole un suave gesto con la cabeza de agradecimiento, que ella me devuelve. Comienzo a dar unos pasos, mientras mi mirada se mueve en todas direcciones un poco pérdida. Me siento en una esquina, junto a una mujer con un niño al que mece en brazos. Saco una manta de mi mochila, me tapo con ella y miro hacia abajo mientras mis manos acarician cuidadosamente mi barriga. Mientras los pensamientos vuelven a mí cabeza como un huracán que no cesa. Preguntándome, en que momento hemos llegado a esto. A poner a las personas, al privilegio de la vida, en tan bajo coste. A que los territorios, los beneficios económicos y el poder cueste más que la vida de cualquier ser humano. Me da miedo de que este sea el mundo que conozca mi hija, el mundo que ella conozca como normal. Un mundo en el que la empatía, solidaridad y respeto sea el don de unos pocos y que el egoísmo y destrucción sea algo mayoritario. En el que las personas que digan basta sean las presas y las creadoras de esta destrucción las gobernantes. Una bomba, más cercana que las anteriores, interrumpe mis pensamientos y me hace levantar la vista. Junto a mí el niño de aproximadamente seis años que su madre estaba meciendo en sus brazos hace un rato se encuentra tumbado en una manta junto a una mochila. En sus manos el pequeño sostiene un lirio blanco, que me crea una gota de esperanza de que todo esto terminará pronto. El niño despierta y comienza a llorar buscando a su madre. -Tranquilo pequeño, te ayudare a encontrarla- le digo con una voz serena, mientras las lagrimas corren por sus coloradas mejillas. Me levanto lentamente y cojo al niño de la mano, camino con él durante un rato preguntándole a todo el mundo que si ha visto a la madre del niño. Nadie sabe nada. - ¡Mi hijo!¡Suelta a mi hijo! -grita la madre del niño que corre hacia a mí, furiosa y se lleva al niño de un estirón. Toda la sala dirige la mirada hacia mí, que me he quedado en medio de la sala descolocada por lo que acaba de suceder. Yo no quería hacerle daño al niño, solo quería ayudarle. Pero esto es lo que causa la guerra, miedo y desconfianza hacía todo el mundo, aunque sus intenciones de verdad sean buenas. Un dolor invade mi vientre, y caigo al suelo sin poder hacer nada por mantenerme en pie. El dolor no cesa y unos médicos con la ayuda de algunas personas del alrededor me llevan a la planta baja, donde el dolor humano es más grande que arriba, los médicos corren desesperados de un sitio a otro, los pacientes y familiares pelean por quien tiene que ser el primero en ser atendido… -Tienes que empezar a empujar…- me dice un hombre mayor, tras haberme revisado. Tras unos cuarenta minutos llenos de dolor, llanto y haber vivido un parto que semanas atrás era impensable para mí, un parto en el que las palabras más usadas por toda la sala eran “no hay material”, nace ella, mi pequeña Liliya, nombre referente al lirio, como el que minutos antes me había transmitido esperanza. Los médicos me la posan sobre mi cuerpo y las dos nos fundimos en un primer abrazo que me hace por un momento olvidar todo lo que pasa a mi alrededor y me hace sentir una paz, como la que nunca antes había sentido. Han pasado dos días del parto, necesito salir del refugio subterráneo, necesito coger mi mochila, mi móvil, me han advertido de lo peligroso que esto es y que probablemente no tenga línea, pero lo necesito, necesito saber si hay información de él. Finalmente me dejan salir, todos me miran con cara de estar haciendo una locura, soy de las pocas personas que dejan estar en el refugio subterráneo estando sana tanto yo como mi bebé. Me han dicho varias veces que deje a mi niña allí, que no la ponga en peligro, pero no puedo, necesito que este siempre junto a mí. Ahora entiendo cómo se sentía aquella madre cuando me vio con su hijo de lo mano, su miedo, su furia, su tristeza al haber pensado que algo malo le iba a pasar a su hijo con una desconocida como yo. Salgo del refugio y camino todo lo rápido que puedo con mi bebé en brazos, llego a la esquina donde dejé mi mochila hace tres días y de mi boca sale un suspiro de alivio al verla allí,

intacta. Junto a ella se encuentra la madre que me mira con pena, mientras mece al pequeño que sigue sujetando en sus pequeñas manos aquel lirio, pero ahora con menos pétalos que antes y con un color más oscuro. Vuelvo hacía el refugio, con la mochila en una mano mientras con la otra mano sostengo a Liliya que comienza a llorar. En ese momento todo cambia, el momento en el que cientos de vidas más son destruidas o más bien acabadas. Todo se viene abajo, una bomba ha caído sobre el teatro, dejándonos a todos baja los escombros. No puedo respirar, mi cuerpo ha quedado totalmente aplastado, intento moverme, salir de ahí, pero es imposible. Unas de mis manos sienten la fría y diminuta mano de mi hija que se encuentra también debajo de los escombros. En ese momento me lleno de rabia, siento que por mis venas empieza a correr dolor y furia que llevaban semanas dentro de mí. Mis piernas, las que antes sentían el césped húmedo, ahora ni si siquiera las siento; en mi vientre, donde hace unas semanas sentía las suaves patadas de mi hija creciendo lentamente, ahora siento un dolor insoportable que causaba mi muerte; y en mi boca, esa que tantos besos había dado y recibido, ahora solo siento el sabor amargo de la sangre.

CATEGORÍA E
Premio Poesía
Título: Nana para mi niño
Autora: Clara Belda Camarasa

NANA PARA MI NIÑO

(Dedicado a todos los niños)

La luna se mece
en su columpio de plata.
Y a sus pies el niño llora
porque le falta su manta.

Las bombas rugieron
con sus colores escarlata.
Y las negras penas
rompieron los sueños
de los que buscan la calma.

Las nubes lloraron
los duelos del alma.
El sol se oculto
de ver pena tanta.

Noche negra.
Voz quebrada.
Sonido rojo.
Esperanza blanca.

Duérmete niño,
que tu madre,
la cuna prepara
y en su regazo
te canta una nana.

No llores mi niño.
No llores mi bien.
Que un ángel te guarda.
Y tu madre, también.

Tendrás por almohada
las flores de Edén.
Y los rayos del sol
calentarán tu piel.

Coro de palomas
arrullan tu sueño.
y mil mariposas
pintan de colores tu cielo.

Mañana de esperanza.
Día de encuentro.
Tarde de juego.
Noche de silencio.

Ojos que miran.
Labios que besan.
Manos que abrazan.
Corazón que ama.

Mi niño duerme.
Mi niño descansa.
Y su madre le susurra
una NANA.

CATEGORÍA CLASE
Primer Pemio
Título: La sirena y el tesoro
Autores: 1º C CEIP Alcázar y Serrano

6 Y de repente vió en el fondo del mar un resplandor

7 La sirena buceó y buceó...

8 y encontró un huevo ¡era un huevo de dragón!

9 Nació Draga y se convirtió en su mascota

10
Cuando creció
Draga se fue
volando
sin
11
Wander se queda
muy triste.
x de repente empieza
llover mucha,
mucha, mucha
13
Draga se había
perdido. como era una
dragona de agua,
cuando se enfado cayó
una terrible tormenta.

14 Wander se alegró de que lloviera porque gracias a la lluvia todo el planeta volviera a florecer

15 Tres días más tarde Draga en contra el camino de vuelta

16 Le explica que gracias a la lluvia de sus lagrimas se le habia limpiado el corazon y habia ayudado al planeta

fin

CATEGORÍA ESPECIAL
Premio Narrativa
Título: Una bella palabra
Autor: Juan Tecles Sánchez

UNA BELLA PALABRA

Corría el año 1914, concretamente el día 17 de Diciembre, cuando la mujer que treinta y seis años más tarde sería mi abuela, daba a luz una hermosa niña que, a la postre, se convertiría en mi MADRE.
Elegiste para nacer unos tiempos convulsos, con una incipiente gran guerra que daba rienda suelta a los más bajos instintos de unos cuantos seres humanos —me pregunto si estoy siendo muy generoso concediéndoles esa calificación— que se arrogaron el poder de decidir la muerte de millones de personas. Justamente la antítesis de lo que tú, recién llegada a este complicado mundo, traías impreso en tu ADN: bondad, amor, paz, comprensión, positividad y mucho sentido común. Así lo demostrarías durante toda tu larga vida; y yo puedo dar fe de ello.
Estoy orgulloso de haberte elegido para que me dieras la vida y desempeñaras el papel de MADRE conmigo. Soy consciente de que durante toda mi existencia, y la tuya, he sido motivo de tus desvelos y preocupaciones. Primero en la niñez, luego durante la época difícil de la adolescencia y más tarde mientras encontraba un acomodamiento en la condición de adulto; porque una MADRE nunca deja de preocuparse por un hijo y tú siempre has estado presente, anteponiendo nuestro bienestar —el mío y el de mis hermanos— al tuyo propio. Sé que tuviste que pasar grandes estrecheces y sacrificios para darnos una educación que considerabas lo más importante para nuestras vidas. Siempre luchaste para que tuviéramos la preparación a la que tú, por circunstancias ajenas a ti, no tuviste la oportunidad de acceder, pero que supliste con otras virtudes y capacidades humanas que supiste trasladarnos e hicieron de ti una longeva superviviente de la vida, convirtiéndote en la piedra angular de nuestra familia. Tu casa del pueblo, sobre todo durante las fiestas, era la casa donde todos, sin excepción, eran bienvenidos. Hasta tus últimos años de vida, mientras tuviste lucidez, fuiste la locomotora que arrastraba a toda la familia a tu alrededor.
Recuerdo cuando era niño y me preparabas la merienda: un simple pan con aceite de oliva puro —prensado a través de los "*esportines"* de esparto que mi padre remendaba y cosía en la misma almazara y que gracias al trueque de su salario por ese oro verde, teníamos garantizado su consumo durante todo el año—; o pan y pringue, que a mí me parecían *"bocatti di cardinale"*.
Aunque tampoco puedo olvidar cuando a la hora de comer nos ponías un plato de "gachas" que yo no podía tragar y me negaba a comerlas. Pero tú no me gritabas obligándome a que las comiera; me hacías levantar de la mesa sin dar importancia a la situación y a la hora de la cena me volvías a poner el mismo plato; y si persistía en la negación a comerlo; ya sabía cual sería el desayuno del día siguiente. Enseñanzas que marcan carácter para toda la vida y te hacen apreciar lo que tienes, aunque sea poca cosa.
Y también recuerdo cuando te dedicabas a amasar el pan en casa y te acompañaba hasta el horno: tú con el tablero de panes blancos recién amasado aguantado sobre tu cabeza, en un perfecto equilibrio, y yo cogido de tu mano, hasta que el aroma a pan recién hecho inundaba nuestros sentidos para avisarnos de que ya habíamos llegado al destino; y poco después, una

vez horneados, volvíamos a recogerlos y los guardábamos en la despensa, debajo de la escalera.
Y cuando tocaba día de colada; recuerdo que te acompañaba hasta el lavadero público, donde otras madres y amas de casa acudían para, mientras ejercitaban el trabajo de lavar la ropa de la familia, ponerse al corriente de los dimes y diretes de los acontecimientos que sucedían en el pueblo.
Y no puedo olvidar cuando me lavabas en el barreño con agua caliente, que previamente habías puesto al fuego en una gran marmita, y una vez vestido, con la ropa que tú misma nos cosías, me peinabas con "*zaragatona"* para que el viento no deshiciera los rizos que adornaban mi cabeza de niño, empleando mucha paciencia y delicadeza, para después marcharnos a pasear por la feria; de donde yo ya había aprendido, a pesar de mi corta edad, que, posiblemente, volvería a casa sin ningún capricho, puesto que los recursos económicos, entonces, estaban para cosas más importantes y perentorias.
Sé que estabas orgullosa de mí. Disfrutabas cuando me mandabas encaramarme sobre la escalera que subía a la segunda planta de la casa donde vivíamos, para que recitara unos versos de "*la embajada"*, mientras que blandía en mi mano, al compás de mi atiplada voz, una espada de madera o cualquier cosa con la que pudiera imaginarla. Y después, cuando finalizaba la perorata, eras la primera en aplaudir mi ingenio.
Y cuando llegaban las pascuas, el pan era sustituido en el tablero por el *"pan dormido"* o *"monas",* algunas con su huevo duro incrustado en el centro, que cuando llegaba el momento de comerlo lo cascabas en mi frente aprovechando un momento en que estaba distraído. Entonces yo me quejaba, pero enseguida me las arreglaba para propiciar una nueva situación hasta conseguir que repitieras la broma y acabar todos riendo.
Han pasado los años y a través de ellos siempre has estado junto a nosotros, ayudando a unos u otros, según las circunstancias del momento, echando una mano a quien más lo necesitara. Pero ese mismo paso del tiempo que a nosotros nos ha convertido en adultos también ha pasado sobre tu persona, mermando tus capacidades físicas hasta hacer que no pudieras valerte por ti misma y, en consecuencia, convertirte en dependiente. Entonces fue cuando nos preguntamos: ¿dependiente de quién?, ¿de un equipo de profesionales en una residencia de ancianos?, ¿o era el momento de cambiar los roles de dedicación mutua? No tuvimos ninguna duda de que la respuesta pasaba por intentar devolverte algo del sacrificio, dedicación y el cariño que tú nos brindaste hasta el último momento en que fuiste capaz de aportarnos algo. Así que, con la decisión tomada en ese sentido, consensuada con mis hermanos y mi esposa, te alojamos en nuestra casa donde hemos hecho todo lo posible para que te encontraras cómoda y feliz. Una felicidad que ha sido recíproca porque, a pesar de tus limitaciones, has seguido siendo fiel a tu filosofía de vida: siempre positiva, contenta, sin ninguna queja y predispuesta a cooperar, facilitándonos así la labor de tus cuidados.
Ahora era yo quien tomaba tus ancianas manos, desfiguradas por la artrosis, con los dedos anudados como secos sarmientos, y tú me preguntabas por qué los tenías deformados y doloridos. Con socarrona ironía, yo te contestaba que, posiblemente, fuera como consecuencia de los muchos años que las has utilizado para trabajar; y tú me respondías convencida con un…¡pues eso será!, acompañado de una taimada sonrisa. Una dolencia que yo he heredado de ti y hace que cada vez que siento las punzadas en mis manos me haga recordar cuando tú te mirabas las tuyas y me hacías esa pregunta.
Te recuerdo levantando la cabeza para mirarme, con tus blancos cabellos,

siempre repeinados, con tus pendientes; porque eras coqueta y te gustaba ir siempre, como tú solías decir, arreglada, sin extravagancias, pero te encantaba estar bella, aunque tu piel estuviera ya ajada y tu cuerpo encorvado. Me mostrabas tu rostro surcado por un sinfín de arrugas que el paso del tiempo y las vicisitudes vividas te habían ido marcando, y me mirabas con esos ojillos llorosos, empequeñecidos y enturbiados por los años acumulados, acompañados de una sonrisa sutil, casi maliciosa, sin necesidad de que tus finos labios violáceos pronunciaran ni una sola palabra, para que yo pudiera interpretar todo lo que no decías.
Y cuando te sacabas el *"pañuelico"* de debajo del puño de la manga y con lenta delicadeza te secabas la lágrima que se deslizaba por alguno de los cauces surcados en tus mejillas, y lo volvías a guardar con el mismo extremo cuidado que momentos antes lo habías hecho aparecer en tu mano emulando a un hábil prestidigitador.
En los últimos años, cuando ya tu capacidad cognitiva estaba más deteriorada, y te preguntaba que quién era yo, me confundías con alguno de tus hermanos ya desaparecidos; pero cuando cogías mis manos y las apretabas entre las tuyas mientras me decías susurrando, casi sin fuerza en tu voz: *"te quiero mucho"*, me demostrabas que la memoria te podía fallar, pero tu viejo corazón, supliendo esas deficiencias, todavía conservaba los recuerdos.
Y tampoco puedo olvidar como, con esa misma voz apagada, me contabas con fruición todas esas historias de tu vida repetidas una y otra vez que yo escuchaba con atención, como si fuera la primera vez que me las estabas contando, con la certeza de que habría más ocasiones para oírlas de nuevo.
Así pasamos esos años de precaria salud, en mutua compañía, hasta que una madrugada, la del día 25 de Diciembre, me sorprendía la esperada realidad de que te habías ido para siempre de nuestro lado. Por última vez pude tener entre mis brazos tu minúsculo cuerpecillo mientras pensaba que por fin habías alcanzado tu paz eterna. Un descanso que te habías ganado con creces a lo largo de más de un siglo de vida: ciento cuatro años, recién cumplidos, de luchas y dificultades, pero también de muchos logros y momentos de felicidad.
MADRE: que bella palabra. ¿Sabes que creo? Que elegiste esa señalada fecha para que, cuando cada año se repita la Navidad, te podamos recordar en el marco de un día feliz, pensando en la vida y no en la muerte. Yo, así lo haré siempre; porque para mí sigues estando junto a nosotros en un sueño eterno.

Organiza:

M.I. Ayuntamiento
de Caudete.
Concejalía de Cultura

Biblioteca Pública Municipal "Ana María Matute"

<u>Colaboran:</u>

Concejalía de Juventud

Concejalía de Educación

Colegio Publico “Alcázar y Serrano”

Colegio Público “El Paseo”

Colegio Público “Gloria Fuertes”

Colegio “Amor de Dios”

I.E.S. “Pintor Rafael Requena”

A.M.P.A.S.

Diputación de Albacete